

sinceridad y, finalmente, por su significación estética. En nuestro país, donde las artes plásticas, la música y el teatro nacieron ayer, mucho después de la formación de la república, aun estamos en el período de búsquedas de la expresión propia. La crítica debe ajustar su tono a estas circunstancias y tiene que ser por lo tanto *constructiva*. No se pueden tener exigencias extremas con un movimiento en gestación. Trataremos, ante todo de exaltar iniciativas y valores; sólo en casos singulares de mistificación y falta de puras finalidades estéticas aplicar dureza y severidad.

Sirvan estas palabras para explicar nuestra actitud y nuestro tono.—LAUTARO GARCÍA.

<https://doi.org/10.29393/At176-13OSLG10013>

### El Octavo Salón de Artes Plásticas de Viña del Mar

Hay que congratularse de que por sobre los cambios políticos subsistan las razones del arte y que las nuevas autoridades edilicias de Viña del Mar hayan continuado en este sentido la labor iniciada por sus antecesores del pasado régimen. Este Salón de nuestro primer balneario tiene ya su pequeña tradición de bizarría y equilibrada modernidad. El total de este año, talvez es inferior en calidad al de otros anteriores; pero conserva su sello de avanzada. Apreciando el conjunto, que revela un amplio espíritu de comprensión para colgar telas de las más encontradas tendencias, en el jurado de admisión, se ve que la sangre moza de los renovadores circula, podríamos decir, por las paredes del Casino. Escaso es el número de los llamados artistas consagrados que han concurrido a este Salón y por lo tanto pocas son las obras que muestran resultados duraderos. La mayoría la constituyen aportes juveniles y de pintores y escultores que se encuentran en plena evolución. Es, precisamente esta falta de homogeneidad en los envíos lo que le da, valga la paradoja, carácter y fisonomía a este torneo. Esta desigualdad de valores que no cae en el ado-

cenamiento de las viejas maneras de ver y denuncia la búsqueda de nuevas expresiones plásticas, es preferible a la mediocridad reglamentada de esos antiguos Salones en que los exponentes en su mayoría iban a la zaga de un mal entendido academismo. Desde luego, a través del total se ve que nuestro movimiento pictórico y escultórico no está estancado, que sigue su evolución, teniendo aún como brújula estética las fuerzas que emanan de los principales centros europeos, especialmente de París, punto de concentración de la inquietud mundial en este como en tantos otros aspectos espirituales y artísticos. Por obvias razones de formación y de ambiente no se puede exigir todavía una completa liberación de las influencias europeas, la que nunca, por otra parte, llegará a ser completa, psicológicamente considerada, por las exigencias ancestrales de raza y cultura; pero nuestros artistas van, lentamente, adquiriendo originalidad e incorporando a sus obras auténticos elementos de chilenidad, no ya en lo exteriormente pintoresco que es lo menos valedero, sino en la esencia misma de sus paisajes y composiciones: los rasgos de nuestra naturaleza y el carácter de nuestros tipos.

Entre los envíos de mayor significación por su tendencia y su firmeza técnica, cabe destacar, a nuestro juicio, en primera línea el de Ana Cortés Julián. Esta pintora, de fina sensibilidad, expone cinco obras de diversos géneros que denuncian serias y bien observadas disciplinas plásticas. Un primitivismo lleno de modernidad, en que al sencillo encanto de la composición se une la sugerente simplicidad de la línea y el refinamiento de las tonalidades, da a sus «gouaches», «Sagrada Familia» y «Angeles» un singular carácter místico. Si estos temas traducen su emotividad, su figura «Retrato» (N.º 27) dice la honda preocupación de la forma en la solidez de su dibujo y modelado que consigue seguros empastes, cualidades a las que hay que agregar la vida que ha obtenido del modelo,

Lo que la artista antes nombrada consigue en el terreno

subjetivo y simbólico lo obtienen en la impresión directa del natural dos paisajistas de distinto temperamento: pero que en sus finalidades se encuentran por su nobleza de visión y sus conceptos del paisaje. Hemos nombrado a Jorge Caballero y Arturo Valenzuela. El primero es más cerebral; aprecia el color a través de bien aprovechadas asimilaciones de los maestros modernos; el segundo más emotivo, tiene una intensidad de tonos que da a sus telas vibrante frescura. Ambos tienen la misma espontaneidad de procedimientos y saben componer sus temas con igual sentido de las masas y de la armonía del total. Buena prueba de lo que afirmamos la dan, entre otras, sus obras «Angelmó» de Caballero y «Valdivia» de Valenzuela. Son dos notas de diversa expresión colorística; pero idénticamente logradas por su construcción, que ponen de relieve dos interesantes personalidades de las que se puede aún esperar mucho por su fervor y su juventud.

Si Caballero y Valenzuela representan dos tendencias modernas, cuya preocupación básica es la plasticidad del paisaje, Arturo Gordon y Luis Strozzi son los personeros en este Salón de dos escuelas ya superadas por las nuevas generaciones. Gordon, artista vigoroso y personal, sigue fiel a su manera neo-impresionista y su envío se caracteriza ante todo por la vibrante y rica entonación de su color. Con un mínimo de empaste logra efectos magníficos. A esta cualidad de colorista hay que agregar su innato sentido del agrupamiento y la expresión de chilenidad de sus figuras. No le preocupa ni el volumen ni las proporciones, busca principalmente el carácter en sus composiciones; y hay que declarar que lo consigue ampliamente. Strozzi, poseedor de una técnica magnífica, es, podríamos decir, más frío y académico. Dominando el «mettier», resuelve con innegables sabidurías de factura asuntos de índole panorámica. No se le puede objetar su dibujo, su apreciación de los valores, ni sus resultados de perspectiva; pero encontramos en sus telas

falta de calidez, una preocupación de «hermosear» la visión a costa del vigor y la calidad del color.

Hay, sin duda, una concepción muy personal de las formas y de las tonalidades en la pintura de Isaías Cabezón. Una gran simplicidad de expresión unida a detalles de maliciosa ingenuidad en los elementos con que compone sus retratos, tratados con soltura y limpieza de procedimientos, le imprime a sus telas un sello de sincero vanguardismo.

Precisando el término, con el que se generaliza demasiado. Cabezón, que bebió en primeras aguas, durante sus largos años de Europa, el movimiento de emancipación del descriptivismo y de la realidad directa, incorpora a sus obras además de los principios de organización, volumen y ritmo, una concepción más honda y sugerente del color y la forma que habla al subconsciente del espectador. Lo mismo intenta, pero en un sentido más avanzado y humorístico Camilo Mori. Este pintor, temperamento múltiple e inquieto, tal vez por cansancio y saturación de lo pintoresco primero y de la llamada pintura pura después, hace ahora esta escapada funambulesca al reino de sueño del subrealismo. Si bien la aventura demuestra su juventud espiritual, creemos que en ella no entra su sinceridad y por lo tanto no cabe sino comentarla con el mismo tono liviano y desaprensivo que se desprende de sus composiciones.

Uno de nuestros valores más serios y concienzudos, es Julio Ortiz de Zárate, que ha caminado con ritmo lógico, sin dar saltos clownescos ni zancadas «epatantes» por su camino de evolución. Este artista está muy bien representado en esta exposición por una tela de expresiva unidad pictórica, en que todo está subordinado al ambiente y al carácter. Como siempre Ortiz de Zárate se revela el pintor sobrio y noblemente enamorado de la materia que siempre es rica y profunda en sus cuadros. Lo mismo podría decirse en cuanto al temperamento y la personalidad de Laureano Guevara, artista que tanto ha hecho por la pintura mural entre nosotros, y que en esta ocasión exhibe

un «Panneau Mural», sabiamente compuesto y ejecutado dentro de un sentido decorativo que acusan el temperamento emotivo y la firme orientación plástica de su autor. Sin embargo, como resultado total creemos que esta obra de verdadero aliento se resiente por cierta falta de amplitud en el estilo y por las notas tintosas que, junto con la dureza del ritmo lineal de su fondo lo perturban restándole ambiente y plasticidad.

José Caracci, que en los últimos años ha realizado una labor muy significativa como paisajista, junto a dos cuadros de este género, presenta un «Interior de Hogar», compuesto con mucho equilibrio y pintado dentro de una armonía muy sobria. Nosotros preferimos al paisajista que una vez más se muestra aquí como un seguro organizador, en su «Paisaje del Maule» en que la materia pictórica es generosa y la exaltación del color logra una profunda calidez y una atmósfera muy vibrante. Igualmente del total del envío de Jorge Magde, que se compone de cuatro telas correspondientes a otras tantas modalidades, preferimos su «Paisaje» por su sintetismo de visión con el que ha conseguido un total sobrio y armonioso en que la luz, felizmente encontrada y dispuesta, tiene una magnífica calidez. También debemos mencionar su composición «Dieciocho en el Parque», en la que al dinámico agrupamiento de las figuras se agrega la vibración de su armonía subordinada a una nota de verdes muy bien matizados.

Entre los artistas más jóvenes encontramos dos nombres poco conocidos aún que son dos promesas reveladoras: Raúl Santelices y Gregorio de la Fuente. El primero acusa una personalidad de vigorosos y finos caracteres. Su «Desnudo» ostenta brillantes condiciones de colorista que sabe organizar sus elementos con penetrante sentido plástico. Cuando logre dar más consistencia a la forma alcanzará resultados definitivos. De la Fuente pone de relieve buenas condiciones de dibujo unidas a una fresca y robusta captación del color. Estas cualidades de construcción están patentes en sus cabezas de «Las Her-

manas» y sus condiciones de colorista de temperamento se reflejan en su paisaje «Altos Hornos de Corral».

Con obras de menor significación pero que representan dignamente a sus firmantes encontramos los nombres de Hernán Larraín, Mireya Lafuente, Adriano Rovira, Dora Puelma e Inés Puyó. Aun habría que agregar en esta mención los envíos de Carlos Lundsten, Raquel Zepeda e Israel Roa, artista este último que no ha conseguido con el óleo los magníficos resultados obtenidos en la acuarela.

\* \* \*

El aporte extranjero a este salón viñamarino ha correspondido este año a los pintores bolivianos. Es interesante subrayar la concurrencia a estos torneos de los artistas sudamericanos por los efectivos vínculos que el intercambio cultural crea en estos casos y porque, dado el casi completo desconocimiento en que viven los países latinoamericanos en lo que se relaciona con las manifestaciones de orden plástico, cada uno de estos envíos son una revelación del avance artístico de nuestro continente.

La sección boliviana se destaca desde luego por la homogeneidad del grupo en lo que se refiere a condiciones de temperamento y a sus cualidades de preparación técnica. Todos los artistas del Altiplano se muestran atraídos por los tipos y los temas autóctonos y los interpretan con firmeza de medios. Lo que nos merece objeción es la orientación estética de dichas interpretaciones. Encontramos que en general se aparta de la plástica pura para caer en un simbolismo estilizado que toca los lindes de la ilustración literaria.

De todas maneras el grado de evolución técnica y dicha exaltación de los motivos de la tierra da categoría y significación especiales a este envío de los artistas bolivianos. De él cabe destacar las témperas de Cecilio Guzmán de Rojas que se muestra como un hábil dibujante de expresiva línea en sus

cabezas de indios en que el carácter racial está ampliamente logrado; los motivos simbólicos de Jorge de la Reza ejecutados con gran acuciosidad y en los que consigue finas tonalidades; y los «Estudios» estilizados de David Crespo Castellu en los que obtiene honda sugerencia autóctona.

\* \* \*

La escultura está muy bien representada en este salón por Lorenzo Domínguez y Samuel Román Rojas. Domínguez ha concurrido con siete obras de la más rica diversidad de materias y de expresiones. Las cualidades de modelado y carácter que singularizan la obra de este artista están palpitantes en todas ellas desde la talla directa en madera de la cabeza ascética de Don Ramón, «el de las barbas de chivo», hasta el rostro enjuto y lleno de vida interior del Profesor Lipchütz, vaciado en bronce. Samuel Román Rojas ha expuesto un grupo de esculturas entre las que se destaca su «Olimpiada» figura de ágil solidez de miembros que traduce con fidelidad su moderna concepción de las formas y su sentido del ritmo y las proporciones.

Hay un número de bustos y cabezas de otros exponentes cuyos nombres es de justicia estampar, como Lily Garafulich, Ricardo Santander y otros. Todos ellos denotan una firme preocupación de hacer vivir la materia ya en forma sintética por medio de planos o con la acentuación de los detalles de una manera realista y denuncian la existencia de un movimiento en plena actividad creadora.